

ROMA - MOSCÚ

A pesar de las divergencias que aún subsisten, los vínculos entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa Rusa, tras siglos de distanciamiento y no pocas incomprensiones, han tenido en los últimos años un desarrollo positivo, tanto en las relaciones fraternas como en el diálogo teológico. Estas relaciones auguran continuar su fortalecimiento tras la elección y entronización de Kirill I como nuevo Patriarca de Moscú y de todas las Rusias.

Sede Vacante

El pasado 5 de diciembre de 2008 falleció el Patriarca de Moscú y de todas las Rusias, Alexis II. Durante el período de sede vacante, el Sacro Sínodo Ortodoxo Ruso nombró a Kirill, entonces Metropolitano de Smolensko y Kaliningrado, y presidente del Departamento para las Relaciones Eclesiásticas Exteriores del Patriarcado de Moscú, como *locum tenens*, o regente provisorio del Patriarcado, hasta tanto se realizara la elección del nuevo Patriarca.

Durante el Sínodo para designar la terna de candidatos a la Sede moscovita, los nombres más prominentes fueron Kirill, Climent y Filaret de Minsk. De entre ellos, el Sacro Concilio General de la Iglesia Ortodoxa Rusa (organismo integrado por más de 700 miembros, entre clérigos, religiosos y seglares), eligió, el pasado 27 de enero de 2009, a Kirill como 16º Patriarca de Moscú y de todas las Rusias, quien tomó el nombre de Kirill I. La solemne ceremonia de entronización patriarcal se realizó el 1º de febrero de 2009 en la Catedral de Cristo Salvador.

Kirill I

Vladimir Gundyayev (nombre de bautismo de Kirill I) nació el 20 de noviembre de 1946 en Leningrado (San Petersburgo). Tras concluir la enseñanza secundaria ingresó en el Seminario Conciliar de Leningrado, en 1965, y

Por NELSON CRESPO

luego en la Academia Conciliar de la propia ciudad.

Ya desde sus años de estudiante Vladimir participa activamente en la vida pública de la Iglesia Ortodoxa Rusa. En marzo-abril de 1968 asiste al III Congreso Cristiano de la Paz, celebrado en Praga; en julio del mismo año, a la IV Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, en Uppsala, y después a las sesiones anuales del Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias en calidad de Consejero Juvenil, así como a las sesiones de la Comisión Juvenil de la Conferencia Cristiana de la Paz, en calidad de vicepresidente.

El 3 de abril 1969 toma los hábitos de monje de manos del Metropolitano de Leningrado, el 7 de abril es consagrado hierodiácono y el 1º de junio como hieromonje, a la vez que concluye la Academia Conciliar. En junio de 1970 le es conferido el título de Candidato a Doctor en Teología y, después de la defensa de la tesis, permanece en la propia Academia como profesor de Teología Dogmática y ayudante del inspector de la Academia Conciliar.

El 30 de agosto de 1970, Kirill es designado secretario particular del Metropolitano Nicodemo; el 12 de septiembre de 1971 es consagrado archimandrita y nombrado representante del Patriarcado de Moscú en el Consejo Mundial de Iglesias, como miembro de la Comisión Teológica que, junto a la Comisión Católica, constituyó la Comisión Mixta para el diálogo Católico-Ortodoxo, la cual ha dado pasos hacia un mejor entendimiento y conocimiento entre ambas partes. El 14 de marzo de 1976 es consagrado obispo de Vyborg y nombrado vicario de la Diócesis de Leningrado. El 26 de diciembre de 1984 es investido como arzobispo de Smolensko y Viázma.

Por decisión del Sínodo celebrado en abril de 1989, Kirill es nombrado

arzobispo de Smolensko y Kaliningrado y el 14 de noviembre de 1989, presidente de la Sección de Relaciones Eclesiásticas Exteriores del Patriarcado de Moscú y miembro permanente del Santo Sínodo. El 25 de febrero 1991 es consagrado Metropolitano.

Como presidente del Departamento de Exteriores del Patriarcado de Moscú, Kirill se entrevistó en tres ocasiones con el papa Benedicto XVI: la primera de ellas el 25 de abril de 2005, un día después de la toma de posesión de la Sede de Pedro por Benedicto XVI; la segunda, el 18 de mayo de 2006 en ocasión de la consagración de una iglesia ortodoxa rusa en Roma y la tercera el 7 de diciembre de 2007.

Kirill viajó a Cuba para realizar el 19 de octubre de 2008 la consagración de la Catedral Ortodoxa Rusa, edificada en La Habana. Durante su visita, entre otros encuentros, sostuvo un amigable y fructífero diálogo con nuestro arzobispo, el cardenal Jaime Ortega Alamino, en la sede del Arzobispado de La Habana.

Iglesia Ortodoxa Rusa

La Iglesia Ortodoxa Rusa cuenta con una historia de más de mil años. Según la tradición, el Apóstol San Andrés predicó el Evangelio en la zona donde se asentaría la futura ciudad de Kíev. Con posterioridad se realizaron varias incursiones evangelizadoras en la zona de la Rus', las cuales fueron vigorizadas hacia el siglo IX por la Iglesia de Constantinopla. Con el terreno ya abonado, durante el siglo X el cristianismo comienza a profundizar sus raíces en la región de los "eslavos orientales" gracias a los misioneros que venían no sólo desde Bizancio, sino también de los territorios eslavos occidentales y de tierras del Occidente latino.

En el año 954 la princesa Olga de Kíev recibe el bautismo, lo cual constituye el preámbulo para uno de los sucesos más importantes de la historia del pueblo ruso, de modo particular

para la constitución de su identidad nacional y la impresión de un sello definitivo en su conciencia cultural: el Bautizo de la Rus' de Kíev en el año 988 (con el bautismo del príncipe Vladimiro, quien se casó con una hermana del emperador bizantino Basilio II).

En Kíev, antigua capital de Rusia (en la actualidad capital de Ucrania), se establece, en el año 1051, con dependencia del Patriarcado de Constantinopla, el obispo ruso Hilario. Tras el Cisma de 1054 y la ruptura de la unidad plena entre la Iglesia de Oriente y Roma la Iglesia Rusa (aún no autocéfala) se mantiene, en consecuencia, dependiente de la sede de Constantinopla.

Tras la destrucción de Kíev durante la invasión de los mongoles, la sede de la Iglesia Rusa se traslada a la nueva capital, Moscú. En 1448 la sede moscovita se independiza del Patriarcado de Constantinopla, hecho que se consolida tras la caída de Constantinopla en manos de los otomanos en 1453. Se comienza a designar al obispo de Moscú como "Metropolitano de Moscú y de toda Rusia" en el año 1461.

Este hecho, la caída de Constantinopla en manos de los musulmanes, constituirá el primer paso para la erección formal, en 1589, del Patriarcado de Moscú, que entroniza el 26 de enero de 1589 al metropolitano moscovita Job como "Patriarca de Moscú y de todas las Rusias", lo cual, en conjunción con el hecho de que a partir del matrimonio entre el gran duque Iván III, el Grande, con Sofía Paleólogo, nieta del último emperador de Bizancio, comienza a utilizarse el término "Zar" para identificar a los regentes rusos ("Zar", del ruso "tsar", deriva del latín "Caesar": "César"). Esto lleva a la auto-proclamación de Moscú como: "Tercera Roma".

A partir de este momento el Patriarcado de Moscú se considerará sucesor del esplendor del Patriarcado de Constantinopla y centro de la cristiandad ortodoxa. El águila bicéfala, símbolo de Bizancio, es incorporada a las armas moscovitas y permanecerá como elemento de la Santa Rusia. No obstante, a pesar de varios intentos, el Patriarca de Moscú no llegará a ser reconocido

por la Iglesia Ortodoxa en su conjunto como el *primus inter pares* (primero entre iguales) que el mundo ortodoxo reserva al Patriarca de Constantinopla, en particular después del Cisma de 1054, aunque en el seno de la propia Iglesia Ortodoxa ello no ha estado exento de desavenencias y desencuentros a lo largo de la historia.

(En el 330 d.C., tras el traslado por parte del emperador Constantino de la capital del Imperio Romano de Roma a Constantinopla (antigua Bizancio, actual Estambul), y la posterior división del Imperio en Imperio Romano de Occidente e Imperio Romano de Oriente (año 395), la sede de Constantinopla, por su condición de nueva capital del Imperio, más que por primacía y praxis apostólica, se auto-declara "Segunda Roma", lo cual constituirá la génesis de las fricciones que desembocaron varios siglos después en el Cisma de 1054, determinado en gran medida por la cuestión del Primado del Sucesor de Pedro (el Obispo de Roma, es decir, el Papa), aunque se hayan aducido otras causas de cuestionable peso. (Sobre este tema trataremos en el próximo número).

En la actualidad la Iglesia Ortodoxa Rusa es una de las 14 iglesias ortodoxas autocéfalas, y la más importante en número de fieles (más de 80 millones de los 200 millones de ortodoxos que hay en el mundo).

¿Hacia la unidad plena?

Desde el Cisma del año 1054 la Iglesia Ortodoxa Rusa, al igual que la mayor parte del mundo ortodoxo, ha estado separada de la Santa Sede Apostólica. No obstante, en un inicio, cuando la unidad plena de la Iglesia aún no había sido quebrada, la Iglesia de la Rus' de Kíev mantenía relaciones eclesiales tanto con Constantinopla (de la cual era dependiente o sufragánea) como con Roma. Según la «Crónica de Nikón», después del bautismo de Rusia, existían intercambios entre Vladimiro y los papas, de modo particular con Juan XV y con Silvestre II, quien encomendó a Bruno de Querfurt predicar en la Rus' de Kíev con el título de *archiepiscopus gentium*, el cual, hacia el año 1007, visitó a Vla-

dimiro, conocido bajo el nombre de *rex Russorum*.

Más tarde el papa San Gregorio VII concederá el título real a los príncipes de Kíev, con su carta del 17 de abril de 1075, dirigida a Demetrio (Isiaslaw) *regi Ruscorum et reginae uxori eius*, los cuales habían enviado a su hijo Jaropolk a Roma en peregrinación *ad limina Apostolorum*.

Por ello no se puede hablar, en palabras del cardenal Walter Kasper, de la relación actual entre el Patriarcado de Moscú y la Iglesia Católica sin recordar que, si bien no existe comunión plena, formamos una sola Iglesia. Y es que, tanto la Iglesia Católica como la Iglesia Ortodoxa en su conjunto, a pesar de no guardar en la actualidad, como en el primer milenio, la plena unidad, tanto una como la otra, guardan la misma fe, celebran los mismos sacramentos, conservan la legítima sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada.

En esta perspectiva que se entiende una expresión que el papa Juan Pablo II usara en varias ocasiones al referirse a la relación entre la Iglesia Católica y la Ortodoxia en general: "¡La Iglesia debe respirar con sus dos pulmones!". De más está decir que el restablecimiento de esta plena unidad no se puede realizar de un día para otro, no sólo porque el diálogo teológico debe continuar y deben dilucidarse modos de interpretaciones disímiles, por ejemplo, la cuestión del Primado, sobre el cual, si bien tanto la Iglesia Ortodoxa como la Iglesia Católica aceptan que el Obispo de Roma es el protos (el primero) entre los patriarcas, existen discrepancias en el modo de entender el hecho del Primado a nivel universal, dígase la manera según la cual debería ejercerse, dígase sus fundamentos escriturísticos y teológicos. Al respecto el papa Juan Pablo II ofreció una propuesta inédita de diálogo en su Encíclica *Ut unum sint*, al invitar a "encontrar una forma de ejercicio del Primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva".

A lo anterior se añade el hecho de que es imprescindible implicar en este diálogo al clero y a los fieles, dado que

no se pueden cambiar de un plumazo mentalidades o modos de obrar guardados desde hace ya cerca de nueve siglos, a partir de “declaraciones” o de “gestos de buena voluntad” entre “representantes”. Pero sin lugar a dudas tanto las declaraciones como los gestos de buena voluntad entre el Papa y los Patriarcas Ortodoxos, o sus representantes, allanan el camino hacia la unidad, al tiempo que tienen siempre claro que la plena unión que busca la Iglesia no significa en modo alguno unidad uniformista.

Y es que la tradición ortodoxa y la tradición latina tienen en el fondo una misma fe, pero distintas expresiones y praxis: la patología oriental, por mencionar un ejemplo, manifiesta una gran sensibilidad por el Misterio de Dios, mientras que la sensibilidad occidental es más conceptual. No obstante, esta diversidad es precisamente la mayor riqueza de la Iglesia. En consecuencia, cuando se habla de unidad, la misma no significa imponer el sistema latino a las iglesias ortodoxas, o el sistema ortodoxo a la Iglesia Católica, sino todo lo contrario: lo que se busca es una unidad en la pluriformidad y una pluriformidad en la unidad.

Al respecto resulta paradigmático, por su significado, el regalo y el mensaje que el papa Benedicto XVI envió a Su Santidad Kirill I el día de su entronización: “Un Copón”, “signo -en palabras del Papa- del deseo de alcanzar cuanto antes la plena comunión”, a lo cual Kirill I respondió que la Iglesia Católica y el Papa ocupan “un lugar particular” en el diálogo y en la colaboración de todos los cristianos, tal y como él mismo refirió en su última entrevista con Benedicto XVI antes de su elección como Patriarca: “En estos momentos se dan todas las condiciones para la solución de los problemas que nos han enfrentado en los últimos años”. Kirill tiene conciencia de que el Papa “está dispuesto a poner todo de su parte para garantizar la solución de los problemas en el menor tiempo posible, y evitar que surjan otros nuevos”.

Perspectivas

Son muchos los especialistas que

consideran que el nombramiento de Kirill I facilitará el ansiado encuentro entre el Papa y el Patriarca de Moscú, así como un posible viaje del Papa a Rusia, algo que Juan Pablo II nunca pudo realizar a pesar de poner en ello todo su empeño. En gran medida se lo impidieron las acusaciones ortodoxas a un supuesto “proselitismo católico” suyo en áreas de influencia de la Ortodoxia o la cuestión del uniatisimo (iglesias ortodoxas que a lo largo de los siglos se han reconciliado con Roma); motivo por el cual el predecesor de Kirill I, el patriarca Alexis II, nunca aceptó encontrarse ni con el papa Juan Pablo II, ni con Benedicto XVI, aunque sí sostuvo importantes encuentros con varios cardenales, tanto en la propia Rusia como en Occidente. Podemos mencionar sus visitas a Estrasburgo y a París, donde visitó a las autoridades de la Iglesia Católica y celebró un moleben (acto u oración de Acción de Gracias) en la propia Catedral de Notre Dame.

El camino hacia la unidad es, por tanto, un camino lento; y, como ha señalado Vsevolod Chaplin, subdirector entre el Papa y el Patriarca de Moscú, así como un posible viaje del Papa a Rusia, algo que Juan Pablo II nunca pudo realizar a pesar de poner en ello todo su empeño. En gran medida se lo impidieron las acusaciones ortodoxas a un supuesto “proselitismo católico” suyo en áreas de influencia de la Ortodoxia o la cuestión del uniatisimo (iglesias ortodoxas que a lo largo de los siglos se han reconciliado con Roma); motivo por el cual el predecesor de Kirill I, el patriarca Alexis II, nunca aceptó encontrarse ni con el papa Juan Pablo II, ni con Benedicto XVI, aunque sí sostuvo importantes encuentros con varios cardenales, tanto en la propia Rusia como en Occidente. Podemos mencionar sus visitas a Estrasburgo y a París, donde visitó a las autoridades de la Iglesia Católica y celebró un moleben (acto u oración de Acción de Gracias) en la propia Catedral de Notre Dame. El camino hacia la unidad es, por tanto, un camino lento; y, como ha señalado Vsevolod Chaplin, subdirector de Relaciones Externas del Patriarcado ruso, la jurisdicción del Patriarca de Moscú

no es absoluto y está sujeto a los sentimientos de sus fieles, del clero y de los demás obispos”. El nos recuerda que “tanto el Patriarca, al igual que el Papa, ponen en primer término, no sus sentimientos, sino la preservación del credo, de la unidad y de la paz de la Iglesia”.

El día en que católicos y ortodoxos celebren juntos, alrededor de una misma mesa, el Santo Sacrificio del Altar llegará; pero debemos estar conscientes de que ello sólo será posible por la acción del Espíritu Santo, pues más que las cuestiones teológicas que se han esgrimido, o que se esgrimen, para justificar el cisma entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa, fueron los pecados y las franquicias humanas las que produjeron, en 1054, la ruptura de la plena unidad de la Iglesia; pecados y franquicias que siguen latentes en la actualidad (aunque con disímiles rostros, de acuerdo con nuestros tiempos).

A pesar de esta situación, lo más importante es que unos y otros sienten el deseo del restablecimiento de una unidad plena; no en balde, tanto en la unidad del primer milenio como en el dividido segundo milenio, la Iglesia Católica en la celebración de la misa, y el conjunto de Iglesias Ortodoxas en la celebración de la Divina Liturgia, nunca han dejado de profesar el mismo y único Credo que las une y hermana, a pesar de los cismas y las divisiones; Credo en el cual confiesan unánimemente, más allá de la cuestión del Primado o la del “Filioque”: “Creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica”.